

Muchas gracias Lisa por este resumen, que leí apasionadamente. En realidad no pretendía que te tomaras este trabajo sino que, en algún momento que fuese oportuno, conversásemos.

Lo del subtítulo no me sorprende y no sé si es peor que lo hagan traductores automáticos o los iletrados empleados que a menudo se hacen cargo.

Sobre *Melencolía* y *Malancolía*, en el primer momento no me convenció porque atribuyo a Durero un cuidado casi neurótico de los detalles y he tenido la impresión (¿la ilusión?, ¿el deseo?) de que haya allí un mensaje encriptado. Sin embargo, tu interpretación, que he seguido pensando en estos días, no me parece descartable, sino que, en cierto sentido, me parece atendible dado su propio fundamento y el cosmopolitismo acústico de Durero.

En tiempos de la formalización de la gramática (y una gran cantidad de asuntos relacionados) que acompañó al perfeccionamiento y desarrollo del libro, entiendo que esas oscilaciones son posibles. Aun así, falta esa incómoda silla que parece la “h”, presente en casi todos los idiomas que rodeaban a Durero, letra misteriosa, sin dudas, desde que sus orígenes jeroglíficos pasando por el hebreo “*heth*” y las lenguas semíticas donde significaba “cerrado”, según he leído por ahí.

Me parece maravilloso que se conserve eternamente este misterio para que podamos rodearlo de interpretaciones insuficientes y creativas. Nunca leí o escuché una que sea tan convincente como para disolver ese misterio dentro del misterio que es el grabado en su totalidad.

Gracias Lisa, sería una forma de continuar presente en la clase que tanto extraño, hoy atravesé cada minuto de la clase (en tareas necesarias pero burocráticas, procedimentales) pensando en ti y ese espacio de encuentro, para mí, imprescindible que es nuestro seminario y cuando digo nuestro digo de todos y cada uno de los presentes, de ahora y de antes. No quiero excederme con mi propia melancolía.

Aprovecho, antes bien, para agregar que uno de los allegados de Durero (o vice versa) fue el famoso teólogo alemán que se autobautizó Melanchthon (Negratierra, o vice versa, je), de quien, además, hizo un retrato, por lo que Durero tenía, también, una referencia inequívoca, familiar y cercana, a la ortografía de la Melancholia. Habiendo dicho todo esto, tengamos en cuenta que en los registros que dejó Durero, cuenta que regaló a personajes muy importantes una copia de su *Melencolía* § 1. Fue

su carta de presentación entre los nobles que conoció en su viaje a los países bajos, que fueron varios y muy encumbrados. Así valoraba él mismo esta criatura suya.

No creo que haya el menor descuido en ninguna de las líneas que su punzón trazó sobre el cobre. Cuentan quienes han visto una de las primeras impresiones de este grabado (la que tenía Ruskin, precisamente), que aparecen detalles luminosos que se han ido perdiendo en la multitud de sucesivas copias y reproducciones como, por ejemplo, la expresión del rostro de ese ángel andrógino, gigante, tal vez otro autorretrato del artista que más autorretratos realizó. A menudo, el primero en todo, por ejemplo, no solo en firmar sus grabados sino también en autorretratarse desnudo, no una sino dos veces. Una de ellas para mostrarle al médico dónde le dolía, apuntando al bazo.

*Gabriel Galli*